

LOS
MUERTOS
NO
MIENTEN

STEPHEN SPOTSWOOD



Nueva York, años cuarenta: un crimen insólito. Una detective privada inteligente y sin miedo. Una ayudante muy especial dispuesta a defenderla y a resolver el crimen.

Desde hace tres años Willowjean Parker es la asistente de la famosa detective Lillian Pentecost. Will escapó de su casa cuando era todavía una niña y se enroló en un circo donde aprendió de todo. Lillian, enferma de esclerosis, coincidió con ella en una de sus investigaciones y le ofreció ser su asistente. Ahora, Will y Lillian se enfrentan a la investigación de la muerte de Abigail Collins, la viuda de uno de los magnates de la ciudad que ha amasado una fortuna gracias a la venta de armamento en la reciente contienda europea.

Pero esta no será una investigación cualquiera y las vidas de Will y Lillian sufrirán las consecuencias. ¿Saldrá indemne su relación? ¿Y su corazón?

*A mi padre, Bob Spotswood,
que me enseñó a amar una buena historia de
misterio*

Muy pocos de nosotros somos lo que
parecemos.

AGATHA CHRISTIE,
El hombre de la niebla

WILLOWJEAN PARKER: Mano derecha con formación circense de Lillian Pentecost. Está aprendiendo los altibajos de trabajar como detective.

LILLIAN PENTECOST: Destacada detective de Nueva York. Ya no camina con paso tan firme como antes, pero con lo que en realidad tienes que ir con cuidado es con su perspicacia.

ALISTAIR COLLINS: Magnate del acero y patriarca sin corazón. Hace poco más de un año empuñó un arma y puso punto final a su vida.

ABIGAIL COLLINS: Matriarca de la familia Collins. Alguien arruinó su fiesta de Halloween matándola de un porrazo con una bola de cristal.

REBECCA COLLINS: Hija de Al y de Abigail. Audaz, hermosa y algo más que la típica chica de la alta sociedad.

RANDOLPH COLLINS: Hermano gemelo de Rebecca. Está intentando retomar las cosas donde su padre las dejó, y cree que eso incluye mantener a raya a su hermana.

HARRISON WALLACE: Padrino de Rebecca y de Randolph, y director general de Collins Steelworks and Manufacturing. Afirma que busca se haga justicia con Abigail, pero puede que sea solo de boquilla.

ARIEL BELESTRADÉ: Médium y consejera espiritual del Upper East Side. Dice que puede hablar con los muertos, pero ¿en realidad no está dejando más bien cadáveres a su paso?

NEAL WATKINS: Antiguo niño prodigio en la universidad, convertido ahora en ayudante de Ariel Belestrade. ¿A qué distancia sigue los pasos de su jefa?

OLIVIA WATERHOUSE: Afable profesora que siente pasión por lo oculto. Su obsesión por Ariel Belestrade podría ir más allá de lo académico.

JOHN MEREDITH: Jefe de producción durante muchos años y matón lleno de cicatrices. Es un resentido con opiniones contundentes sobre el clan Collins.

DORA SANFORD: Cocinera de toda la vida de los Collins. Le encanta darle a la lengua.

JEREMY SANFORD: Mayordomo de los Collins. Con su perfecta cara de póquer, guarda a buen recaudo los secretos de la familia.
ELEANOR CAMPBELL: Cocinera y ama de llaves de Lillian Pentecost. Cariñosa y leal, es mejor no meterse con ella.

NATHAN LAZENBY, teniente: Uno de los miembros más avisados del departamento de policía de Nueva York. Es un error subestimarlos. Está dispuesto a dar a Pentecost y a Parker cuerda suficiente para colgar al asesino. O para colgarse ellas mismas.

1

La primera vez que vi a Lillian Pentecost, estuve a punto de hundirle el cráneo con una tubería de plomo.

Había hecho varios turnos como vigilante en un solar en obras de la calle Cuarenta y dos Oeste. Muchos de los miembros del circo ambulante Hart and Halloway y su espectáculo de variedades aceptábamos empleos temporales como aquel cuando llegábamos a una gran ciudad. Trabajos de noche o en días libres que podíamos desempeñar tras la actuación para cobrar en efectivo.

En aquellos años había más trabajos del estilo disponibles. Muchos de los hombres que los habrían hecho estaban en el extranjero con la esperanza de disparar a Hitler. Cuando estás desesperado por cubrir un puesto, hasta una chica de veinte años que trabaja en el circo empieza a parecerte bien.

Tampoco es que se necesitara un currículum demasiado bueno. Era un trabajo muy tonto: recorrer el perímetro vallado desde las once hasta el alba y vigilar que nadie se colara. Si alguien lo hacía, tenía que tocar un timbre, gritar y armar jaleo para que se fuera. Si se negaba a hacerlo, tenía que salir corriendo en busca de un policía.

Por lo menos eso era lo que se suponía que tenía que hacer. McCloskey, el capataz de la obra, que era quien me pagaba, pensaba otra cosa.

—Si pillas a alguien colándose, le das un buen mamporro con esto —dijo, toqueteándose el bigote grasiento. «Esto» era una tubería de plomo de unos sesenta centíme-

tros de largo—. Si lo haces, te pagaré unos cuantos dólares más. Hay que dar ejemplo.

A quién iba a dar ejemplo, eso ya no lo sabía. Tampoco tenía ni idea de qué había en el solar que valiera la pena robar. La obra acababa de comenzar, por lo que se trataba básicamente de un gigantesco agujero en el suelo que ocupaba media manzana de la ciudad. Algo de madera, algunos tubos, unas cuantas herramientas, pero nada que valiera la pena birlar. Al estar tan cerca de Times Square, lo más probable era que me encontrase con borrachos que buscaban un sitio donde dormir la mona.

Esperaba pasar un puñado de noches sin incidentes, cobrar unos cuantos dólares y acabar mi turno a tiempo de volver corriendo a Brooklyn y ayudar con la función de mañana del circo. También esperaba encontrar algo de tranquilidad para devorar la novela de detectives que había comprado en el quiosco de la esquina y tal vez dormir unas horitas en algún rincón del recinto. En carretera, dormir aislado, especialmente sin el estruendo de los camiones ni el rugido cercano de los tigres merodeando en su jaula, era toda una rareza.

Y las dos primeras noches todo fue justo como me esperaba. De hecho, era algo solitario. Puede que Nueva York fuera la ciudad que nunca duerme, pero incluso aquellas manzanas en el corazón del centro de Manhattan se echaban un sueñecito entre las dos y las cinco. No había demasiados peatones por allí, o por lo menos pocos que pudieran oírse a través de la valla de madera de dos metros de altura que cercaba el solar. Aquel agujero que ocupaba media manzana estaba sumido en un silencio inquietante.

Así que la tercera noche, el crujido de una tabla al ser arrancada de la valla sonó como un estrépito.

Con el corazón acelerado, agarré la tubería de plomo y rodeé el hoyo. Llevaba un pantalón de peto y una camisa vaquera, telas suaves que no hacían ruido. Mis botas eran de suela fina, lo que no le iba nada bien a las plantas de

mis pies pero me permitía deslizarme como una sombra. Me acerqué con sigilo a la figura que estaba en cuclillas en el borde del hoyo.

Quienquiera que fuera recogió un puñado de tierra y lo cribó entre sus dedos. Pensé en gritar e intentar ahuyentarlo, pero era más corpulento que yo. En la otra mano blandía lo que parecía ser un palo o un garrote; algo más consistente que mi tubería en cualquier caso. Si gritaba y esa persona me atacaba, no estaba segura de poder seguir en pie el tiempo suficiente para devolver el golpe.

Di un paso tras otro muy despacio. Cuando estuve a muy poca distancia, levanté la tubería por encima de mi cabeza. Me pregunté qué sentiría al asestar el golpe. ¿Tendría la suficiente destreza para dejar a esa persona simplemente inconsciente? Los detectives siempre lo lograban en las novelas baratas. Pero lo más probable era que le partiera la crisma. El estómago me dio la misma clase de vuelco lento que cuando miraba a los trapecistas.

Todavía tenía la tubería levantada por encima de mi cabeza cuando la figura se volvió y me miró.

—Preferiría no acabar el día con una conmoción cerebral —dijo con una voz tensa como la cuerda de un funámbulo.

El tipo robusto que había temido que me atacara era una mujer. Tendría la edad que mi madre habría tenido ahora y llevaba el pelo recogido en un complicado moño alto.

—No debería estar aquí —le dije, consiguiendo mantener la agitación de mi corazón fuera de mi voz.

—Eso está por ver —replicó—. ¿Hace mucho que trabaja aquí?

—Unas cuantas noches.

—Ummm... —Había decepción en ese murmullo.

Técnicamente, tendría que haberle dicho que se largara. Pero por alguna razón, llámalo destino, aburrimiento o una innata veta pernicioso, seguí hablando:

—Creo que McCloskey, el capataz de la obra, ha empezado a contratar vigilantes nocturnos desde hace poco. Me parece que antes se pasaba la noche aquí, durmiendo en su cobertizo para ganarse un sobresueldo. O al menos eso me han dicho algunos de los obreros del turno de mañana.

—Mejor —afirmó.

Se levantó despacio, usando el bastón que sujetaba con la mano izquierda para apoyarse. Era alta y de complexión robusta, con un traje a medida de pata de gallo que parecía caro y un abrigo largo hasta el tobillo del tipo que llevaba Bart Corazón Negro durante su espectáculo de tiro.

—¿Su cobertizo es ese? —preguntó, mirando la pequeña estructura de madera a un cuarto de vuelta alrededor del hoyo.

Asentí con la cabeza.

—Enséñemelo, por favor.

En aquel momento las dos teníamos claro que no íbamos a aporrearlos, así que pensé que por qué no. Tal vez tuvo que ver que la alternativa habría sido llamar a la policía y yo sentía una cultivada aversión a cualquiera que llevara placa.

Me dirigí hacia el cobertizo que había en un rincón del solar. Ella me siguió algo rezagada, usando el bastón para andar. Más que cojear, se tambaleaba un poquito. Yo no sabía muy bien qué le pasaba, pero era obvio que el bastón no era un mero adorno.

McCloskey había llamado a aquel cobertizo su «despacho», pero había visto gallineros más sólidos. Se suponía que no teníamos que entrar nunca y, además, la puerta estaba cerrada con llave. Aquella mujer misteriosa se sacó algo de un bolsillo interior del abrigo, un alambre fino y doblado, y empezó a maniobrar con el candado.

—Tiene que hacerlo desde abajo —solté cuando llevaba un minuto hurgando.

—¿Qué quiere decir?

Le quité el alambre de la mano y lo abrí en diez segundos exactos. Había forzado candados más difíciles con los ojos vendados. Literalmente.

—Tendría que practicar si va a hacer esto de forma regular —le aconsejé.

A lo largo de todos los años siguientes, solo la vi esbozar una sonrisa unas tres docenas de veces. En aquel momento me honró con una.

—Lo tendré presente —comentó.

El interior del cobertizo se correspondía con el exterior. Sucio y mal construido. Había un escritorio hecho a partir de un par de tablas desechadas y unos caballetes. En él había un montón de papeles esparcidos de cualquier modo. También un farol y un teléfono de campaña como los del ejército que alguien había conectado para que McCloskey pudiera hacer llamadas sin tener que salir en busca de una cabina. El resto del espacio estaba ocupado por un catre estrecho y un montón de trapos sucios que, al mirarlos mejor, se veía que eran prendas de ropa.

Mi compañera encendió el farol. La luz no hizo ningún favor a la atiborrada estancia. He visto jaulas de monos menos sucias.

—Describame al señor McCloskey —dijo, mirándome fijamente con unos ojos azul grisáceo como el cielo invernal.

—No sé. Tendrá unos cuarenta. Normal y corriente, supongo.

Me dirigió una mirada a la que más adelante calificaría como de institutriz decepcionada.

—Lo normal y corriente no existe. No en lo que a los seres humanos se refiere. Y no suponga, a no ser que las circunstancias la obliguen a hacerlo.

Estaba empezando a arrepentirme de no haber usado la tubería de plomo.

—De acuerdo —dije con algo de desdén—. Unos treinta centímetros más alto que yo, así que calculo que medirá metro ochenta, más o menos. Pesará unos noventa kilos, en

su gran mayoría grasa, pero también tiene algo de músculo ahí debajo. Parece un peón que le da a la botella. Por los remiendos de sus pantalones, diría que tiene dos mudas de ropa, que sumadas no valdrán más de tres dólares. Viste barato pero quiere que la gente crea que tiene estilo.

—¿Qué la indujo a pensar eso? —preguntó.

—Lo que me está pagando. Además, no se gastaría medio dólar en un afeitado pero apoquinó como mínimo un dólar y cuarto en un peluco de pega.

—¿Un peluco de pega?

—Un reloj falso, de imitación.

—¿Cómo sabe que es falso?

—Es imposible que ese tipo compre nada de oro.

Hubo algo en sus ojos entonces. La misma mirada de Misterio justo antes de serrar a su encantadora ayudante por la mitad.

—¿Tiene su número de teléfono por si hay alguna urgencia? —quiso saber.

—Sí, claro. Pero me dijo que no lo usara a no ser que algo fuese realmente mal.

—Y algo va realmente mal, señorita...

—Nada de «señorita» —dije—. Me llamo Willowjean Parker. Y todo el mundo me llama Will.

—Por favor, Will, llama al señor McCloskey. Dile que hay una intrusa que no quiere irse y que te está preguntando por un reloj de oro.

Era una llamada fácil de hacer, porque simplemente era la verdad. Cuando colgué, la mujer —que todavía no se había presentado, y no pienses que no me había molestado aquella falta de los más mínimos modales— me preguntó cómo había sonado la voz del capataz.

Le dije que al principio parecía normal: adormilado y enojado. Pero cuando le mencioné el reloj, un hilo de algo parecido al pánico se había incorporado a su voz. Dijo que llegaría enseguida y que no dejara que aquella mujer se marchara a ninguna parte mientras tanto.

Ella asintió con un gesto, satisfecha, y se sentó en el catre, con la espalda erguida, sujetando con las manos enguantadas el bastón en su regazo. Cerró los ojos, calmada como mi bisabuela Ida rezando en la iglesia. Me recordó las fotografías de las mujeres de Oklahoma que había visto en la revista *Life*, un rostro curtido por el tiempo aguardando con paciencia la llegada de la tormenta.

Pensé en preguntarle de qué iba aquello. O cuál era su nombre. Después de todo, ella ya sabía el mío. Pero decidí que no quería darle esa satisfacción. Me quedé allí plantada y esperé en su compañía.

Tras diez minutos de silencio, abrió de repente los ojos y dijo:

—Creo que lo mejor sería que salieras por la Octava Avenida, Will. Hay una comisaría a unas doce manzanas al sur.

—¿Quiere que vaya a la policía?

—Pídeles que avisen al teniente Nathan Lazenby. Avísales de que ha habido un asesinato y que Lillian Pentecost dice que vayan de inmediato. A no ser que quieran leerlo en el *New York Times*.

Abrí la boca, pero me lanzó una mirada que me indicó que no tenía ningún sentido discutir, así que salí pitando en dirección a la Octava Avenida pero me detuve antes de llegar a la puerta.

Como dije, no siento un especial cariño por las figuras de la autoridad, especialmente por las que llevan pistolas y porras y no tienen miedo de dar una paliza juiciosa por su cuenta y riesgo. Además, ¿qué pensaba esa mujer que pasaría? ¿Que mencionaría su nombre y una brigada entera de maderos acudiría corriendo?

Lillian Pentecost. Pero ¿quién coño se creía que era?

Así que regresé silenciosamente sobre mis pasos alrededor del hoyo. Antes de alcanzar el cobertizo, un chirrido de unos frenos viejos en la calle Cuarenta y dos anunció la llegada de McCloskey.

Corrí hacia la parte posterior de la destartada estructura y me agaché allí. Las paredes eran delgadas y podía oírlo todo. Me imaginé que la cosa iría en ambos sentidos, de modo que me quedé quieta y en silencio.

Se oyó el ruido de alguien que caminaba a paso ligero y, después, el crujido de la puerta al abrirse.

—Pero, bueno, ¿quién es usted? ¿Dónde está la pequeña ferianta?

—Le he dicho a Will que se fuera, señor McCloskey. Me parecía mejor tener esta conversación en privado.

—¿Qué conversación? ¿De qué se trata? Y, de nuevo, ¿quién es usted?

—Soy Lillian Pentecost. —El señor McCloskey inspiró con fuerza. Al parecer, había reconocido el nombre y no parecía demasiado contento—. Y se trata de que lleva puesto el reloj de un hombre asesinado.

—¿De qué está hablando? Eso es mentira. Compré este reloj. A un tipo en un bar. Veinte pavos, eso es lo que me costó.

Sacudí la cabeza. Al parecer, nadie le había enseñado que dar demasiados detalles era la forma más rápida de cargarse una trola.

—Por supuesto, la policía le preguntará en qué bar y el nombre del hombre que supuestamente le vendió el reloj, etcétera —dijo la señora Pentecost—. Pero creo que nosotros podemos saltarnos eso. Aunque solo sea porque nadie vendería un Patek Philippe por veinte dólares.

—Yo no sé nada de ningún Patty Phillip. El tipo ese dijo que estaba en apuros. Necesitaba efectivo. —El gimoteo que se había incorporado a su voz anunciaba su culpa mejor que cualquier marquesina de Broadway.

—Jonathan Markel necesitaba, es cierto, dinero, señor McCloskey. Pero no tanto como para entrar en tratos con usted.

—¿Quién es Jonathan Markel?

—El hombre al que golpeó hasta la muerte y de cuya muñeca se llevó ese reloj.

—Está loca, señora.

—Eso es discutible. Me han acusado de narcisismo galopante, histeria, desviación y de varias psicosis delirantes. Pero la tierra que cubría el dorso de la chaqueta del traje del señor Markel no era ningún delirio. Esa tierra no provenía, sin duda, del callejón donde se encontró su cadáver. Ni tampoco eran un delirio las marcas en su cráneo. Marcas que estoy segura de que coincidirán con el mismo tipo de tubería de plomo que indicó a Will que usara con los intrusos.

Oía la respiración de McCloskey incluso a través de la pared del cobertizo. Pesada y asustada.

Cuando siguió, la voz de la señora Pentecost se atrancó un poco. Como si las palabras se le encallaran en la garganta. Empecé a preguntarme cuán tranquila estaba esa mujer en realidad.

—Habría venido antes, pero... hasta ayer no pude examinar la ropa que el señor Markel... llevaba esa noche. Esta obra es apenas una del... puñado que hay entre su club y el callejón donde se le encontró. Quizá no hubo mala intención al principio. Quizá..., después de estar bebiendo, el señor Markel buscó un sitio privado para aliviarse y se coló por el agujero de su valla. Usted lo confundió con un ladrón y... lo golpeó. ¿Quizá... demasiado fuerte? ¿Un accidente?

—Sí... Sí, un accidente —gruñó en voz baja McCloskey, como si lo estuvieran exprimiendo. Y el exprimidor aún no había terminado.

—Pero el segundo y... el tercer golpe no fueron ningún accidente. Ni tampoco que le robara la cartera y... el reloj. O que después ocultara el delito. Estas cosas... no fueron accidentes.

Una de mis piernas decidió tener un calambre en ese momento. Cambié de postura, con cuidado de no hacer crujir la grava suelta del suelo. Cuando volví a estar bien